

**HOY MARTES 11 DE  
SEPTIEMBRE DE 1990**

## **PLAZA PUBLICA**

**Miguel Angel Granados Chapa**

**Congreso del PDM**

**El partido social cristiano**

**N**o sé si deliberadamente o por accidente, el Partido Demócrata Mexicano resolvió realizar su decimoprimer congreso nacional los días primero y dos de septiembre. La alta concentración de la prensa y de la atención pública en la simultánea decimocuarta asamblea nacional del PRI, nubló por completo la celebración de aquella reunión, importante porque es la primera

que realiza el PDM después de haber reobtenido, en mayo anterior, su registro electoral.

Dos cuestiones de importancia definieron el congreso pedemista. Por un lado, se resolvió no adoptar la denominación de Partido Demócrata Cristiano que algunos de sus integrantes deseaban asumir. Se trata de una cuestión difícil, de enfrentar, porque la Constitución prohíbe expresamente a los partidos políticos denominaciones que sugieran vinculación con un credo religioso. Pero el PDM es realmente un partido con esa definición ideológica (o social cristiano, con las diferencias de matiz que ello implica), y a fuer de sinceros sus militantes quieren aparecer como lo que son. Sin descontar, claro, la eficacia política que pueda tener una designación así tras la segunda visita del Papa.

Por otra parte, el PDM reafirmó su vinculación —identificación se diría— con la Unión Nacional Sinarquista. Lo

contrario hubiera sido ilógico, ya que por primera vez en la historia de ambas organizaciones las encabeza una sola persona, el licenciado Víctor Atilano. El sinarquismo ha sido la base social del PDM, y resultaría incomprensible que se apartaran.

La aparición de un reciente, magnífico estudio sobre este partido (*El PDM, movimiento regional*) compilado por el antropólogo Jorge Alonso, ayudará a entender mejor este fenómeno político. Publicado por la Universidad de Guadalajara y felizmente distribuido comercialmente, por lo que puede ser adquirido en librerías de la ciudad de México —conseguí mi ejemplar en El Parnaso—, este libro contiene los siguientes apartados: 1. Las Legiones, La Base y el Sinarquismo: ¿tres organizaciones distintas y un solo fin verdadero? (1929-1948), por Servando Ortoll; 2. De movimiento social a partido político. De la UNS al PDM, por Rubén Aguilar Valenzuela y Guillermo Zermeño Padilla; 3. El Sinar-

quismo y Acción Nacional: las afinidades conflictivas, por Manuel Rodríguez Lapuente; 4. El Partido Demócrata en Jalisco. ¿Triunfo de una cultura católica?, por Luis Rodolfo Morán Quiroz; y 5. El PDM en Calvillo: elecciones y conflicto, por Enrique Rodríguez Varela.

Nacido como respuesta de sectores católicos radicales a los arreglos entre los obispos y el gobierno que pusieron fin al conflicto cristero en 1929, el sinarquismo surgió sólo como movimiento social. Pronto, sin embargo, se enfrentó a la tentación y/o la necesidad de convertirse en un partido. Hubo voces opuestas, como la muy significativa de Salvador Abascal, uno de sus fundadores y más vehementes líderes: “Convertido el sinarquismo en partido político, no va más que a hacerle el juego a la famosa democracia, y a la revolución. Y al pueblo se le dará, como siempre, atole con el dedo”, dijo según se lee en el texto de Ortoll. En 1946, el jefe sinarquista Manuel Torres Bueno anunció que la UNS no se conver-

tiría en partido, pero crearía uno, sinarquista pero independiente: “Decidimos no convertir a la Unión Nacional Sinarquista, sino crear dentro de ésta una organización especializada que represente los derechos políticos de los sinarquistas y de todos aquellos ciudadanos de buena fe que quieran seguir también nuestra bandera”.

Ese partido se llamó originalmente Fuerza Popular, que tuvo vida efímera; intentó después transformarse en Partido de Unidad Nacional (PUN), que no consiguió registro; y antes de adoptar su actual nombre y configuración, el esfuerzo partidario del sinarquismo se orientó a apoderarse del membrete llamado Partido Nacionalista Mexicano, sin ningún éxito.

Ortoll, de cuyo trabajo están tomadas las citas que anteceden, sostiene la hipótesis de que la fuerza política y electoral del partido sinarquista ha estado en relación directa con su antigobiernismo, pues decrece cuando aumenta su moderación.